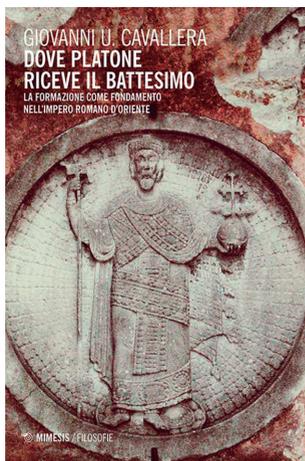


**DOVE PLATONE RICEVE  
IL BATTESIMO. LA  
FORMAZIONE COME  
FONDAMENTO NELL'IMPERO  
ROMANO D'ORIENTE,  
DE GIOVANNI U. CAVALLERA<sup>1</sup>**

*Rosanna Pozzi*  
*Università dell'Insubria*  
pozzi.rosanna@virgilio.it



*Dove Platone riceve il battesimo. La formazione come fondamento nell'impero romano d'Oriente*, de Giovanni U. Cavallera  
ISBN: 978-88-5753-100-7  
Milán-Udine: Mimesis  
Año: 2015, 216 pp.

<sup>1</sup> Traducción de David Lagos Liberato.

El conocimiento de la civilización bizantina desde el punto de vista educativo no ha sido difundido en Italia, ni entre los dedicados a esta labor ni entre el público culto. El volumen de Giovanni U. Cavallera, debidamente documentado tanto por las fuentes consultadas como por la literatura crítica, es, por tal aspecto, un volumen fundamental y, por muchos otros, el primero en ser construido orgánicamente en Italia. El Imperio de oriente, de hecho:

(...) es el lugar *donde Platón recibe el bautismo* (...), es la civilización en la que el mundo antiguo, como se sincretizó en la *Ecumene* romana, recibe y adquiere un rostro renovado, un lenguaje renovado, convirtiéndose de este modo en un organismo radicalmente nuevo en la conciente y orgullosa continuidad de los eventos históricos. (p. 158)

El Imperio bizantino no es solamente la continuidad del Imperio romano, sino que es también la civilización en la que la filosofía platónica y neoplatónica

se renueva a través de la savia del pensamiento cristiano, y en la cual la estructura social se transforma constantemente sin negar de ningún modo el pasado. No existe estancamiento en el Imperio de oriente, como se sostenía hace un tiempo, sino un constante cambio.

De aquí el carácter especulativo y religioso que Cavallera puntualiza muy bien: la imagen del monje orante, reproducida en una miniatura del *Codex Vaticanus Graecus* 394, es usada como expresión sintética del ascenso del hombre hacia Dios y, de manera más amplia, de una civilización en la cual la dimensión espiritual, incluso a través de la figura imperial, no es más colocada en segundo plano y se manifiesta en su totalidad a través del arte. De hecho, el hombre bizantino se concibe como parte integrante del cosmos.

Esto explica la importancia de la educación, más aún, de la formación, porque, justamente en vistas del fin escatológico, es necesario “salvaguardar la enseñanza de las generaciones transcurridas en beneficio de aquellas futuras” (p. 55). Establecido así el discurso, se explica luego la narración del mundo como escuela en la cual soberanos y estudiosos desempeñan un papel

fundamental: personajes diversos que Cavallera sabe hacer hablar a través de un examen crítico que involucra conjuntamente al lector.

Una parte importante está dedicada a la instrucción superior en el Imperio medio-bizantino. El autor se detiene sintéticamente sobre las instituciones culturales desde la fundación de Constantinopla hasta la Iconomaquia, para concentrarse en la escuela de la Magnaura hasta el proceso de Giovanni Italo. Un punto central es el paréntesis del Imperio en el exilio en Nicea, después del saqueo de Constantinopla en 1204. En tal contexto se desarrolla la historia de un Estado que para reponerse después del cataclismo establece como prioridad el renacimiento cultural, de modo que

(...) el carisma de la religión ortodoxa y la reputación de los literatos y de las escuelas contribuyeron a mantener la superioridad del viejo imperio sobre todos los otros estados, al menos en este ámbito espiritual, haciendo así que la imagen del estado se transforme en la de guardián y custodio de la fe y de la ciencia, transfigurándose y asumiendo un valor metahistórico. (p. 140)

Los emperadores del periodo niceno se mostraron como valientes soberanos y protectores de los intelectuales, pero también se convirtieron en refinados pensadores, como el joven e inteligente Teodoro II Doukos Lascaris. Luego, con la dinastía de los paleólogos “la situación social y política se dirigió hacia otras direcciones” (p. 156). El imperio, mientras era mutilado por enemigos implacables, no desistió nunca de reivindicar y perseguir aquella primacía en las Letras, madurada con siglos de estudio.

De hecho, el libro de Cavallera abre un mundo por lo más desconocido y libera al lector de la prejuiciosa tesis de la continua decadencia de una civilización intelectualmente retorcida. Se manifiesta, por el contrario, un gran desarrollo de ideas y el Imperio bizantino se constituye, refuerza y regenera, no a través de la fuerza, sino de la cultura. Como recuerda el autor, la civilización bizantina

(...) se bifurcó según una doble vía como las dos cabezas del águila que era el último emblema del Imperio. Hacia Occidente se ha movilizó el amor por los clásicos

y por las letras griegas, a Oriente, en Rusia, la idea de la monarquía absoluta y la religión ortodoxa. El vuelo del águila prosigue todavía, feliz quien consigue elevar los ojos para alcanzarlo. (p. 156)

Se diría que Cavallera ha interiorizado el mundo bizantino, ha entendido e ilustrado sus caracteres, las expectativas y la fascinación, pero al mismo tiempo ha conservado la capacidad de una ilustración seca y serena, científicamente sostenida, injertada sobre un fuerte corte teórico.

En efecto, la dificultad para entender la civilización bizantina nace del deseo de dominar la filosofía y la teología que recibieron feliz síntesis en el arte, y que en las instrucciones escolásticas y universitarias encuentran el centro decisivo de transmisión. Al interior de este equilibrado implante histórico-teorético, el lector puede encontrar preciosas noticias, como aquellas sobre la formación concreta de la escuela, sobre el modo de enseñar, sobre las disciplinas y sobre diversas anécdotas u ocasiones que ilustran un modo de pensar y de vivir. Bizancio supo transmitir una imagen de civilización que no se ha

agotado en su desarrollo histórico, sino que encierra múltiples sugerencias y referencias que refleja como en un espejo pulido.

Pero el libro es también —y esto debe ser recordado— un llamado a no cancelar la historia, en cuanto que el pasado expresa un valor, como en el caso de Bizancio, que no se consume con el tiempo. Todo esto y todavía más está presente en *Donde Platón recibe el bautismo...*, que extiende al ámbito educativo los estudios italianos de bizantinística y constituye al mismo tiempo una ilustración histórica de la civilización bizantina a la luz del proceso formativo.